

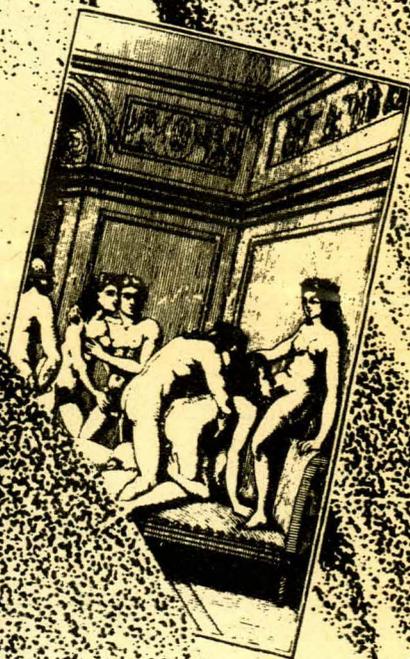
Ignacio Ramírez

**UN RADICAL AL QUE SE RECUERDA
COMO SI NUNCA LO HUBIERA SIDO**

■ por Carlos Monsiváis ■

LA EN
cultura
mexico
SUPLEMENTO DE SIEMPRE!

**Rubén
Blades
y el cine**



■ De Ita / Ayala Blanco / Durazo héroe pop ■

25/IX/85

ENTRE OTRAS COSAS por su posición irreductible, durante casi un siglo se ha reverenciado en forma acrítica y lejana a Ignacio Ramírez. No se examinan sus diferencias (evidentes) con otros miembros de su generación, se soslayan sus discrepancias con don Benito Juárez, se evita analizar sus posiciones de "puro" y radical. De hecho, hace mucho se dio por cancelada la vigencia de su actitud y de sus ideas. Sin embargo, tres acontecimientos de los años recientes (el deterioro de la historia oficial, el reexamen histórico que precipita la conmoción de 1968, y la terca negación de la derecha de cualquier logro histórico de liberales y de revolucionarios), obligan al rescate en esa historia "embalsamada" de muchos de **nuestros contemporáneos**, en el sentido aplicado a Shakespeare por el ensayista polaco Jan Kott. Entre ellos, Ramírez, Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Melchor Ocampo, Ignacio Manuel Altamirano, son contemporáneos de afanes, luchas y preocupaciones de hoy, por su generosa idea de la nación y su defensa de los derechos constitucionales, civiles y humanos.

De ellos, Ignacio Ramírez, *primum inter pares*, fue quien con mayor agresividad rechazó la tradición heredada de la Colonia y propuso otra, más humana, más racional, más justa. Si en *El Periquillo Sarniento* (1816), Fernández de Lizardi erige por contraste las virtudes del Hombre Nuevo a que dará origen la Independencia y que, a diferencia del pícaro Pedro, deberá ser frugal, honesto, consciente de sus deberes, industrioso y tenaz, en su turno, Ramírez, en cada artículo o intervención oratoria, eleva su paradigma del Hombre Nuevo a quien la Revolución de la Reforma le facilitará el despliegue de cualidades: antidogmático, crítico, patriota, esforzado, capaz de todos los oficios que el país demande, de espíritu religioso y de conducta laica, enterado de la cultura universal, innovador en su exigencia de libertades ("El mexicano es libre, y todos los hombres pueden ser mexicanos").

Dedico estas notas a algunas de las muchas proposiciones radicales de Ignacio Ramírez.

¿Qué es un Nigromante?

Como sucede con varios de sus compañeros de la gran generación liberal, en Ignacio Ramírez no son escindibles prosa y poesía, ensayo y discurso, literatura y acción pública. El concibe unitariamente su existencia, impulso coherente que se opone a la barbarie conservadora, a la improvisación, la rapiña, la vindicación de los privilegios de clase, el odio al pensamiento. Desde muy joven, Ramírez halla una vía que integrará su vida y su obra en medio del caos de una nación que se va haciendo dificultosamente, sin leyes, sin conciencia moral colectiva, sin proyectos que vayan de abajo hacia arriba. Esa vía o método es el radicalismo, la decisión de conducir ideas e ideales a sus últimas consecuencias, hasta donde lo permitan las circunstancias y hasta donde no parezcan permitirlo.

¿Qué es un Nigromante? El que adivina el futuro evocando a los muertos. Por motivos hoy sólo intuibles (el viaje de la tradición al porvenir), Ramírez elige este seudónimo, muy pronto su complementación periodística y popular, y que más bien termina describiendo la imagen temible y lejana de un vidente. Por lo menos, de eso nos informa la mezcla de ira y temor que a él le reservó la sociedad (la única Sociedad) de su época...

Un Nigromante. Alguien cuyos poderes son tan inasibles que infunden reverencia incluso en sus amigos íntimos ("Pero yo, para hablar de Ramírez, dice Guillermo Prieto, necesito purificar mis labios, sacudir de mi sandalia el polvo de la Musa Callejera, y levantar mi espíritu a las alturas en que conservan vivos los esplendores de Dios, los astros y los genios").

El origen de la leyenda es un debut en la vida intelectual. En *Memorias de mis tiempos*, refiere



LA expresión RADICAL DE ignacio ramírez

por Carlos Monsiváis



Prieto entusiasmado las circunstancias del ingreso de Ramírez a la Academia de Letrán, recinto de jóvenes intelectuales formados por la cultura eclesiástica. Allí llega en 1837 "un joven de 18 a 20, triste y desaliñado":

Ramírez sacó del bolsillo del costado, un puño de papeles de todos tamaños y colores; algunos, impresos por un lado, otros en tiras como recortes de moldes de vestido, y avisos de toros o de teatro. Arregló aquella baraja y leyó con voz segura e insolente el título, que decía: **No hay Dios.**

El estallido inesperado de una bomba, la aparición de un monstruo, el derrumbe estrepitoso del techo, no hubieran producido mayor conmoción.

Se levantó un clamor rabioso que se disolvió en altercados y disputas.

Ramírez veía todo aquello con desprecia-tiva inmovilidad. El Sr. Iturralde, Rector del Colegio, dijo: Yo no puedo permitir que aquí se lea eso; es un establecimiento de educación.

Desde el principio, Ramírez representa el **espíritu moderno** que, según Cyril Connolly, combina cualidades intelectuales heredadas de la Ilustración: lucidez, ironía, escepticismo y curiosidad intelectual, que se añaden a la intensidad apasionada y la sensibilidad enaltecida de los románticos, a su rebelión y su sentido del experimento técnico, a su conciencia de vivir en una época trágica. Y Ramírez es profundamente moderno a fuerza de examinar con rigor la tradición heredada, de la cual es producto inevitable (Nace en 1818, en Guanajuato, y estudia en un seminario; una generación antes se le hubiese destinado al desperdicio de sus facultades y a la amargura, mas la revolución de Independencia abre otro horizonte para los jóvenes letrados).

Por la necesidad de vivir de otro modo su época, Ramírez hace pública la creencia que no osaba decir su nombre, el ateísmo, que entonces no significa "indiferencia" o "desdén" ante el Más Allá, sino una certeza belicosa: las normas morales se desprenderán del consenso social y no de un Absoluto negociado a diario con la Iglesia. En el siglo XIX, un ateo declarado en México es alguien que vive la preocupación moral a modo de formación cívica. Véase al respecto otro relato sobre el célebre ingreso a la Academia de Letrán del escritor Hilarión Frías y Soto:

La tesis de Ramírez versaba sobre este principio: **No hay Dios; los seres de la Naturaleza se sostienen por sí mismos...** He aquí el lema con que se anunció Ramírez ante una sociedad retardataria, poco ilustrada, fanatizada por el imperio secular de España.

Si cualquier otro hubiera lanzado, ese grito de guerra que atentaba contra un Dios, contra las creencias de una era y contra la filosofía presidida por Roma, la divina y la infalible, habría sido tomado como un jactancioso demente... México sintió el calofrío del presentimiento, porque en aquel blasfemo principio se traslucía una revolución social, que removería desde sus cimientos la sociedad vieja de construcción gótica para darle la forma que exigía el progreso humano...

La declaración de ateísmo marcará a Ramírez el resto de su vida. En las postrimerías de un siglo, que pierde y reencuentra circularmente, y con diferentes atavíos, a la experiencia religiosa, sólo es dable vislumbrar los alcances de tal pronunciamiento a modo de hipótesis y en función de los testimonios disponibles. En ciudades que apenas lo son, o en la todavía pequeña capital, clérigos y burgueses observan con terror al joven pobremente vestido y "como las mujeres de Rávena al ver pasar al Dante por las calles" murmuran: "**Ese hombre viene del Infierno**". Es devastador el efecto de una sola frase ("No hay Dios. Los seres de la Naturaleza se sostienen por sí mis-

mos”), porque la emite un joven brillante, y obviamente talentoso que, con su ejemplo, introduce no la duda religiosa (que, como fenómeno colectivo, tardará mucho en darse), sino el principio de diversidad. Un solo acto, en una Academia, adelanta un debate central de la generación de la Reforma: la libertad de cultos y la libertad de conciencia. En el siglo XIX la inmensa mayoría se confiesa creyente. Quien abiertamente no lo sea, violenta al grado máximo el sueño heredado de la Colonia: la homogeneidad, que es fundamento de la nación. ¿Cómo separarse de los demás tan abiertamente? Recuérdese lo afirmado por los insurgentes. Ignacio Allende dijo: “Los que mueren en defensa de la justa causa se harán un lugar distinguido entre los héroes, en los anales de la historia, y nos iremos al cielo como víctimas de nuestra sagrada religión”, y Morelos declara traidores a quienes no rindan culto a la Virgen de Guadalupe. (“La Nueva España —dice— espera más que en sus propias fuerzas en el poder de Dios e intercesión de su Santísima Madre, que en su portentosa imagen de Guadalupe, aparecida en las entrañas del Tepeyac para nuestro consuelo y defensa, visiblemente nos protege...”), y, todavía en este orden lógico, en el Congreso Constituyente de 1857, el probado anticlerical Francisco Zarco declara:

Soy católico, apostólico, romano y me jacto de serlo, tengo fe en Dios, encuentro la fe de todo consuelo en las verdades augustas de la revelación y no puedo concebir no sólo a un ateo, pero ni siquiera a un deísta. El sentimiento religioso es inherente al hombre, la aspiración a otra vida mejor está en lo más íntimo del corazón.

En su excelente investigación *Las ideas de la Reforma en México (1855-1861)*, Jacqueline Covo analiza la operación ideológica que ensalza el espíritu cristiano con tal de legitimar el anticlericalismo. Sin tal estrategia (que lo es no obstante las convicciones genuinas en que se funda), los liberales mexicanos no hubiesen dispuesto de la convicción permanente. A su formación mixta (férrea educación desprendida de la Contrarreforma, residuos del humanismo jesuita, lecturas fragmentarias del enciclopedismo del siglo XVIII, adoración por Voltaire), le añaden la creencia indiscutida: sin la unidad de la fe no habrá cohesión social. Esta certeza —sólo la fe compartida nos distancia de la peor anarquía— justifica hasta nuestros días la intolerancia, y exacerba el fanatismo. Afirman los conservadores: o exaltamos literalmente la hipocresía o sobrevendrá la debacle. Pontifica el historiador católico Díaz González:

El culto del corazón pertenece al hombre; pero sabemos también que el culto externo pertenece a la sociedad... Cada hombre en el secreto de su corazón levante los templos que guste, inciense al Dios que conciba, pero este hombre respete el culto externo de la sociedad, que no es mejor un hombre que todo un pueblo.

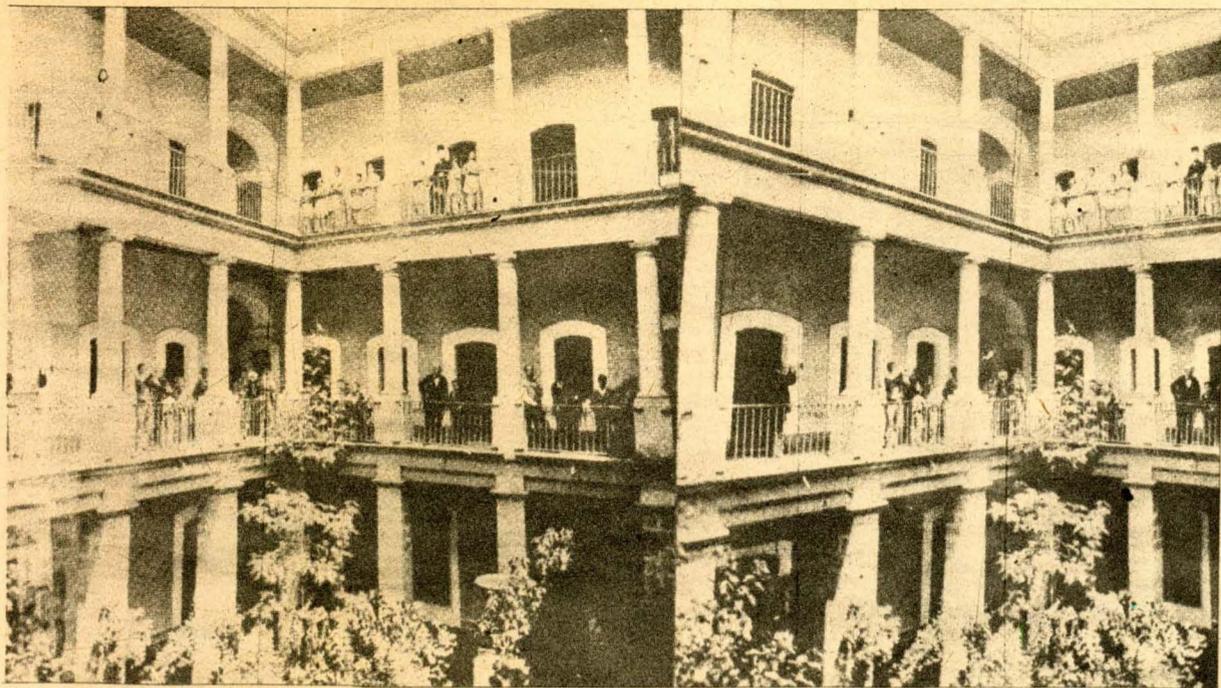
Ya en última instancia, se admite la libertad de conciencia. Nunca, la de cultos. Declara la publicación clerical *El Omnibus*: “Pero no es lo mismo la tolerancia de cultos para los católicos, como la libertad de conciencia; porque la tolerancia de cultos sería un veneno introducido en un cuerpo sano que poco a poco iría produciendo los tristes afectos que lo destruirían para siempre”. Sólo a nombre de la religión, consiguen enfrentarse los liberales a este elogio del disimulo y de la cerrazón. Se defiende la tolerancia porque en tanto “lazo de amor entre Dios y los hombres” ninguna religión es mala, ni amar a Dios lo es (Melchor Ocampo); se contienda por la libertad religiosa alegando que Dios nada más acepta lo marcado con el sello de una libertad completa (José María Vigil); se asegura que el partido liberal es el verdadero observador del Evangelio tal y como lo predicó Jesús y no tal como lo enseña un sacerdocio lleno de ambición y de siniestras miras (Ignacio Manuel Altamirano); se declara un suicidio para el partido democrático contrariar la

razón cristiana (Guillermo Prieto).

De este proceso, imprescindible, se exceptúa Ramírez, quien, antes que ninguno, cree que un hombre puede y debe elegir, así contrarie las opiniones enteras de la colectividad. Con estoicismo, con fiereza, él resiste las persecuciones y el escándalo de “los santurriones azuzados por los frailes”, confía en su verdad y en la proclamación de su verdad, y se lanza contra las bases teológicas del despotismo. Sin ser todavía una alternativa (entonces, la sustitución de la fe por el culto

a la Razón parece impracticable), su proposición es tajante: la suprema autoridad es la voluntad racional del hombre, la única capaz de infundirle sentido democrático a las leyes y diseño racional a la sociedad. El habría suscrito la tesis del filósofo alemán Fichte: “Ningún hombre debe aceptar limitaciones ajenas a las que él mismo se imponga. Y sólo el hombre podrá darse leyes. Si consintiera en aceptar los lazos de una voluntad externa, sacrificaría su humanidad y se convertiría en un animal”. Ramírez prescinde de la con-





solación última (la creencia en la otra vida), y continúa la tradición de los intelectuales radicales en México, inaugurada por Fray Servando Teresa de Mier y José Joaquín Fernández de Lizardi, extremándola al rechazar el conjunto de la sociedad y de los poderes públicos (políticos, militares, eclesiásticos).

"Las almas fuertes celebrar me agrada/ Hoy que mi excelsa patria se derrumba/ al peso de una turba degradada" (Ignacio Ramírez)

A Ramírez no lo amedrentan ataques, calumnias, cárceles, humillaciones. El quiere ir a fondo, demostrar que es posible la extrema coherencia en un medio de vacilaciones y traiciones. Y su gran "error" es siempre la renuencia a la concesión, mínima o máxima. Un ejemplo entre muchos. En 1848, durante la invasión norteamericana, Ramírez es nombrado jefe superior político del territorio de Tlaxcala. Los tlaxcaltecas, "fieles a sus tradiciones de raza", recuerda Altamirano, sólo se interesan en el tradicional esplendor de la procesión anual de su santa patrona, la Virgen de Ocotlán. Airado, Ramírez prohíbe la procesión, "impertinente" en momentos de prueba. En demanda de la peregrinación, los tlaxcaltecas se arman, se amotinan y amenazan de muerte a Ramírez, que, al no disponer de elementos de resistencia, prefiere abandonar el territorio. Arriesga su vida, concluye Altamirano, al no ceder a la ridícula y antipatriótica demanda, pero salva su honra como buen mexicano.

El radicalismo de don Ignacio lo es sin fisuras. El admite las circunstancias dramáticas del país y acepta contribuir a la creación de la Nación nueva, pero no deja de considerar el mismo engaño a la patria, a la religión y a la nación. Afirma en el artículo "Principios sociales y principios administrativos":

Cualquier persona que desee formarse una idea exacta de lo que se llama gobierno, reuniendo los elementos y resortes de esa máquina en un solo cuadro, descubrirá que el municipio, la provincia o Estado, y la magistratura suprema, congreso, rey o dictador, ya reciban sus títulos del pueblo, ya los supongan extendidos por la mano de la divinidad, todos estos representantes de los intereses y derechos humanos, teniendo esos derechos y especulando con esos intereses, descubren una tendencia inevitable y marcada hacia la metafísica, es decir, que todas esas autoridades, en lugar de bienes positivos, inventan palabras como orden, legalidad, justicia, honor, patria y gloria, alimentando así con fantasmas de pan y de habitación y de abrigo a la multitud, condenada páfida e irrevocablemente a la miseria. Todas las teorías, todas las instituciones, todas las leyes del sistema administrativo no tienen sino un objeto visible: alucinar a los parias con poesía, consolarlos con el estoicismo, conterlos y escarmentarlos con seguras e inhu-

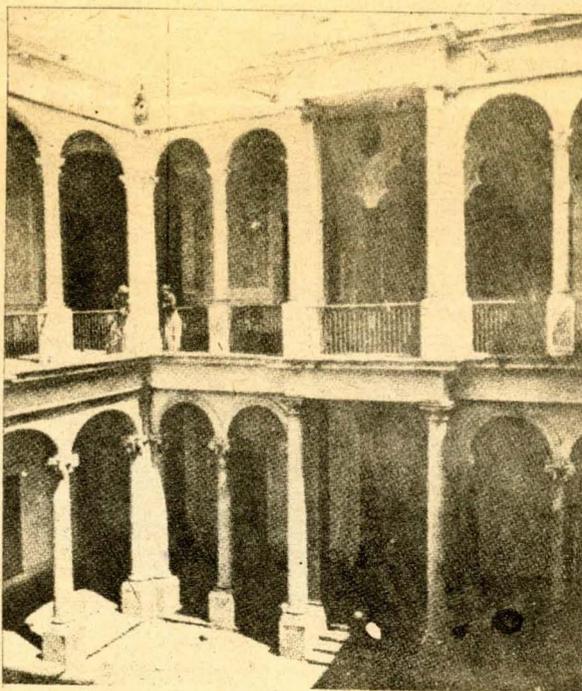
manas penas.

sin reservas las perspectivas demoleadoras ("Las autoridades, sea cual fuere su procedencia, no trabajan sino para sí; el espíritu de corporación que las anima, no se encuentra seguro, sino levantando su tronco entre una iglesia y una cárcel; la prisión para el alma y para el cuerpo"), y la irreverencia sin límite: "Los gobiernos en este siglo de ilustración, conservan al Papa como al eunuco de los reyes, sin cuya fidelidad se perdería la fidelidad en el harem de las naciones". Ramírez no se guarda sus juicios y hace de la polémica un método de conocimiento y diversión. Así, describe al "filántropo" y financiero don Juan de Robles:

El Sr. D. Juan de Robles,
con caridad sin igual,
hace ese santo hospital
y también hace los pobres.

Las utopías del Nigromante

A Ramírez se le llama "el Voltaire de México", y entre Ramírez y el enciclopedista francés, hay claras correspondencias de ironía, de ilimitado desprecio por los poderes, de creencia elemental en la justicia, de rechazo del dogma y de la religión organizada. A diferencia de Voltaire, Ramírez es un "constructor de naciones", lo que explica su multiplicidad: ideólogo militante, funcionario, legislador, educador, profesor universitario, poeta, ensayista, panfletista, periodista satírico. Y, en el sentido positivo del término, Ramírez es sobre todo un utopista, alguien que columbra un porvenir hecho posible por la radicalidad. El invita a europeos, africanos, americanos, asiáticos, a los miembros de las razas oprimidas, a venir a la patria de los aztecas, en donde las únicas trabas serán la incertidumbre y la debilidad de los primeros pasos, y en donde la na-



ción "palidece en su hermosura porque la juventud la agita, y la virgen se dispone a ser madre". Si el prerrequisito fundamental de los hombres de la Reforma es creer en México (hacer posible a la Nación convirtiéndola en mística), Ramírez "con todas las efusiones de mi alma", gritará "¡Viva México!", haciendo de la exclamación "una fórmula religiosa que apliquemos a todos los actos de la vida", consigna entre amantes y espanto para invasores y traidores.

Fórmula religiosa. El debate ideológico y la lucha cultural de nuestro siglo XIX en buena medida dependen aún de la educación del claustro, del idioma eclesiástico que es el idioma del aprendizaje de la cultura, diversificado y enriquecido con la retórica de la Revolución Francesa, la exaltación de los poetas románticos, los recursos descriptivos de los novelistas de folletín, las enseñanzas de la oratoria hispánica, la fe en la democracia parlamentaria de Estados Unidos, los aportes semiclandestinos de la cultura masónica. En esos años, las certezas instantáneas que se desprenden de un vocabulario atravesado por la liturgia, son la tierra firme de las sensaciones augustas y fervorosas del patriotismo.

En su primera etapa, la cultura liberal se aprovisiona forzosamente en los "formatos" de la cultura eclesiástica, de la que se aparta por la ironía afilada y la desolemnización que introducen los arranques de espontaneidad, y de la que respeta efectos y procedimientos analógicos de la oratoria sacra, en primer término el afán de persuadir al oyente de cuán tremendo, cuán maravilloso y dramático, cuán esencial a su vida espiritual es el tema que convoca su atención.

Lo profano y lo "sagrado"

En el ámbito de la secularización, entre voces de extracción eclesiástica, el sentido de lo sagrado se transforma, desplazándose de los altares de un credo a los altares de la Patria, del recogimiento de conventos y templos a la inspiración

de nuestras santas instituciones, Constitución, Reforma, Independencia, Patria, dioses que la tempestad reveló a los mexicanos... (Discurso de Ignacio Ramírez en Matatlán, 5 de febrero de 1864).

Casi de manera literal, los caudillos y los representantes del liberalismo son sacerdotes del culto patrio, y queriéndolo o no, los hombres de la Reforma deberán explicar en voz alta la índole de sus "funciones sacerdotales", a las que democratizarán en la medida de sus posibilidades, convirtiendo el habla dogmática en razonamiento republicano, matizando las encomiendas proféticas. No consiguen (y no se proponen) prescindir de todo autoritarismo o manifestación paternalista, pero "humanizan el sacerdocio", y le aportan al país la imagen del líder que razona junto a los demás.

De esta actitud también disiente en su oportunidad Ramírez, y una prueba magistral de ello es su discurso del 7 de julio de 1845, en el debate sobre la Constitución. Quien en otros momentos acude al lenguaje religioso, lo encuentra absurdo en el gran momento histórico. Para él, si la tradición religiosa persiste en la vida pública, continuará el retroceso. Para afianzarse, la Nación precisa de autonomía, y esto requiere el arrinconamiento de los símbolos que más recuerdan o actualizan el pasado opresivo. Ramírez se opone al trabajo de la Comisión redactora de la Constitución, en especial a las líneas inaugurales:

En el nombre de Dios... los representantes de los diferentes Estados que componen la República de México... cumplen con su alto encargo.

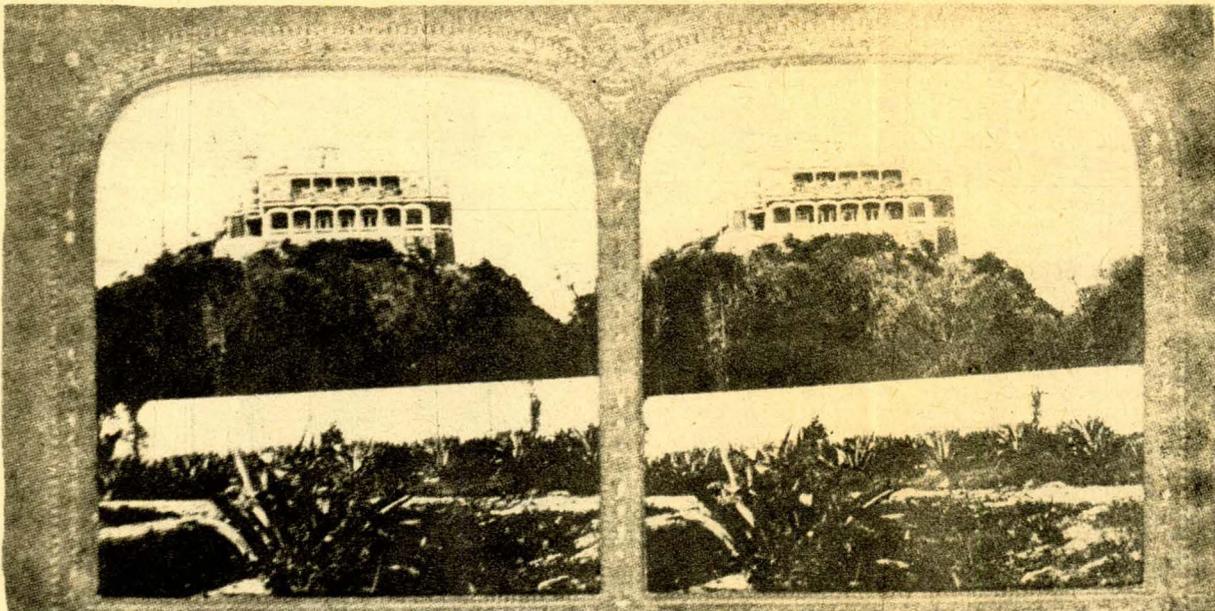
No es posible, argumenta Ramírez, fundar el pacto social en una ficción. Los Constituyentes no son elevables al sacerdocio, ni instalables en un santuario, ni le conviene a una ley orgánica las atribuciones del dogma. Es ridículo suponer a unos patriotas "intérpretes de la Divinidad", parodias de Acamapich, Mahoma o Moisés. En esto, Ramírez se aparta de la mayoría de los libera-

les latinoamericanos, obligados por las circunstancias a las convicciones a pactar con la creencia general. Según Ramírez, la historia del "derecho divino" está escrita por la mano de los opresores, y este "derecho" es el pretexto (y el espacio de credibilidad) de la propiedad privada, del castigo, de la esclavitud, de la ignorancia. El, a diferencia de casi todos los congregados para discutir y aprobar la Constitución, no acepta "infusiones mágicas", ni admite la atribución de infalibilidad. Hablar a nombre de Dios es partir de una superchería.

El instante es excepcional. Del adolescente que se declaró ateo, deviene el hombre maduro que se considera profano ("Señores, yo por mi parte, lo declaro, yo no he venido a este lugar, preparado por éxtasis ni por revelaciones; la única misión que desempeño, no como místico, sino como profano, está en mi credencial, vosotros la habéis visto, ella no ha sido escrita como las tablas de la ley, sobre las cumbre del Sinaí entre relámpagos y truenos"). Si quien se acepta ateo debe extraer la normatividad ética de su propia altura de miras, quien sea profano deberá renunciar al impulso adquirido de la clase ilustrada, a las majestuosas palabras de la clase ilustrada, a las majestuosas palabras de los "dones inmanentes" del sacerdocio y su predominio "innato" sobre las sacerdotades. Una y otra vez, Ramírez se deshace de los privilegios que no vienen del consenso, y los consolida, a través de la excepción admirable, una imagen del hombre Nuevo de México, quizás disonante en la época, por requerir cualidades de muy diversa índole, para empezar la indiferencia ante el qué dirán.

Hay, a lo largo de la vida de Ramírez ejemplos numerosos de su resistencia a cárceles, destierro, amenazas de muerte, presiones políticas, aislamiento. Pero no es menos impresionante su actitud ante el qué dirán. Hace falta, en otro orden de cosas, un valor semejante al probado por Ramírez ante Santa Anna, Comonfort, los conservadores o los franceses, para no aprovechar las prerrogativas que, en un medio mayoritariamente analfabeta, confiere la educación, y no investirse de atributos "ultraterrenos". Ramírez, al cuestionar el derecho divino, atenta contra el sostén principal del criterio que rige a la nación en función de la injusticia

El más grave de los cargos que hago a la Comisión, es de haber conservado la servidumbre de los jornaleros. El jornalero es un hombre que a fuerza de penosos y continuos trabajos arranca de la tierra, ya la espiga



que alimenta, ya la seda y el oro que engalanan a los pueblos; en su mano creadora, el rudo instrumento se convierte en máquina, y la informe piedra en magníficos palacios; las invenciones prodigiosas de la industria se deben a un reducido número de sabios y a millones de jornaleros: donde quiera que existe un valor, allí se encuentra la efigie soberana del trabajo... Pues bien, el jornalero es esclavo.

Si no la primera, la de Ramírez es una de las argumentaciones más lúcidas en favor de un concepto entonces absolutamente innovador: la **dignidad del trabajo físico**. Si todavía en el siglo XX, hay sectores que —implícitamente— sostienen la degradación natural de obreros y campesinos, en el siglo XIX a la élite le resulta impensable que algo ajeno al monopolio del dinero confiera valor. Ramírez va a fondo, son inexorables sus nociones de la economía y, por oposición, de las labores del intelecto. El mensaje no admite fisuras:

¡Sabios economistas de la Comisión! En vano proclamaréis la soberanía del pueblo, mientras privéis a cada jornalero de todo el fruto de su trabajo, y lo obliguéis a comerse su capital, y le pongáis en cambio una ridícula corona sobre la frente.

Y concluye con acento épico:

La nación mexicana no puede organizarse con los elementos de la antigua ciencia política, porque ellos son la expresión de la esclavitud y de las preocupaciones: necesita

una Constitución que le organice el progreso, que ponga el orden en el movimiento. ¿A qué se reduce esta Constitución que establece el orden en la inmovilidad absoluta? Es una tumba preparada para un cuerpo que vive. Señores, nosotros acordamos con entusiasmo un privilegio al que introduce una raza de caballos o inventa una arma mortífera; formemos una Constitución que se funde en el privilegio de los menesterosos, de los ignorantes, de los débiles, para que de este modo mejoremos nuestra raza y para que el poder público no sea otra cosa más que la beneficencia organizada.

En los años del porfiriato, Justo Sierra condena a la Constitución liberal por "utópica", es decir, por proponer una visión inaplicable de los derechos y los deberes. Ramírez la hubiese deseado aún más extrema, más liberadora de fuerzas sociales. En su ímpetu, desdeña la "antigua ciencia" al servicio de la explotación, la actitud que busca como solución rápida para los intelectuales el traspaso de la influencia clerical, la reivindicación del trabajo físico y, lo más drástico, la exaltación de los débiles. Esto, en Ramírez, no es declamación, es el centro de su pensamiento.

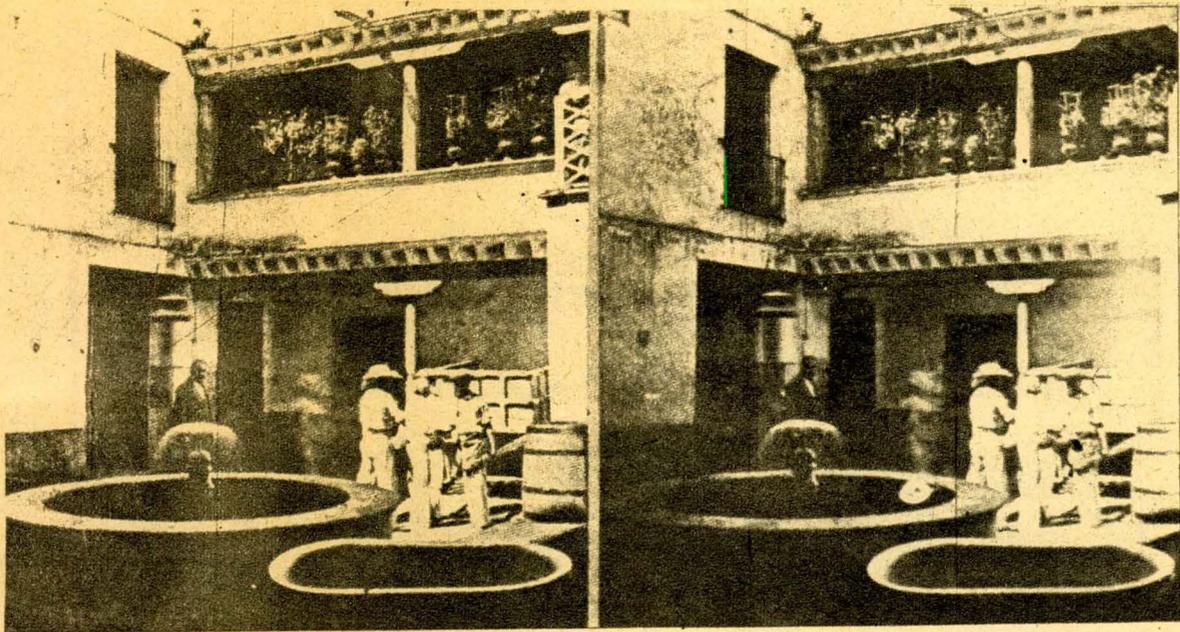
El radical ante el universo cotidiano

En el XIX mexicano, todo (política, economía, sociedad, cultura) le corresponde a una minoría que hace las veces del pueblo entero, que forma la Nación porque detenta el monopolio de la concientización. Todos se monocolan, se frecuentan, se celebran, se agreden. Ignacio Ramírez pertenece y se exceptúa de esta Sociedad de los elegidos. Allí están sus amigos, sus compañeros, sus discípulos, pero también allí se mueven quienes lo consideran el elegido de Satanás, el enviado del demonio. Su radicalismo ideológico y político lo aísla, lo señala públicamente como al más intransigente de entre los "puros", le crea un marco de hostilidad y miedo. A esto Ramírez responderá toda su vida con actitudes alejadas de cualquier concesión. ¿Cuántos otros hubiesen podido suscribir la carta que Ramírez le envió al vencedor Porfirio Díaz, pequeña obra maestra de ironía y de valor político, a propósito de los profesores despedidos por no haber sido adictos al Plan de Tuxtepec? En unas cuantas líneas, Ramírez sintetiza su idea de los alcances del Estado y del poder unipersonal, y su correspondiente desprecio. La concisión es admirable:

Usted es casi omnipotente como lo son en México todos los triunfadores. Puede quitar sus grados a todos los generales y dárseles a otros sujetos que no hayan peleado nunca; puede abolir la Federación, unir la Iglesia y el Estado, nombrar diputados a los sujetos que le plazca, restituir los fueros, imponer el sistema monacameralista o el bicameralista y hasta acabar con las cámaras.

Pero hay cosas que no están en su mano y que yo deploro que no estén, porque me





duele que sea limitado el poder de los generales triunfadores; por ejemplo, hacer que dos y dos sean nueve, cambiar el curso de las estaciones e improvisar sabios, aunque sean tan modestos como los que aquí tenemos.

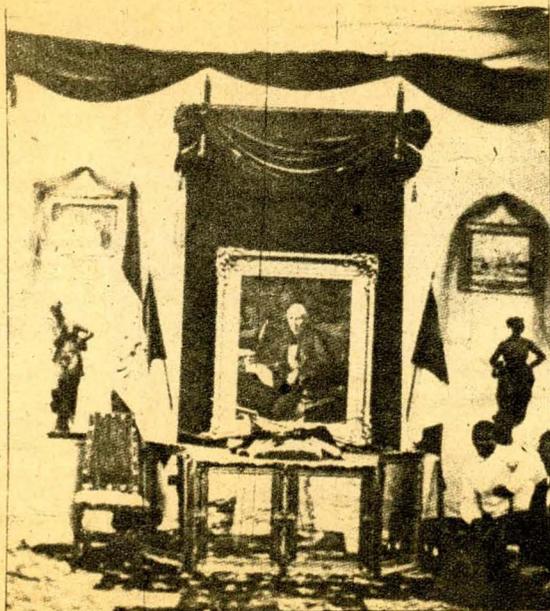
El texto (que no sólo recuerda a Voltaire sino a Mark Twain) posible por la enorme legitimidad de Ramírez en el panorama nacional, expresa un pensamiento infrecuente en la época, la concepción demoladora del poder. En su prolongada dictadura, Díaz se propondrá exterminar la "irreverencia" y el "desacato", e impedir que se repitan gestos como el de Ramírez, y su éxito será tan desmedido, que todavía hoy se tiende a considerar el siglo XIX como un paisaje de discursos y ordenanzas militares, de feroz paternalismo y concentración unívoca de acciones y deseos en torno de la silla presidencial. Un examen más detenido comprueba la falsedad de una visión tan generalizadora. En buena medida, la radicalidad de la vanguardia liberal se mide por su relación contradictoria con el autoritarismo. Las circunstancias trágicas del país los obligan a ejercerlo, ante invasiones extranjeras y guerras intestinas fraguadas y dirigidas por el clero y los terratenientes; pero los mejores de entre ellos jamás ven en el autoritarismo una respuesta permanente.

Para evitar la monomanía del poder, la alternativa es creer en una nación que surge, y a la que deben allegársele con urgencia descripciones, catálogos de tradiciones rescatables, críticas y elogios, alas conductas, censuras y admiraciones a las instituciones nacientes. En gran medida a los liberales les debemos el proceso selectivo y depurador que Hobsbawm llama "la invención de la tradición". Los liberales redactan leyes, polemizan e ironizan, pelean en el Congreso, pretenden imponerle orden a gobiernos trashumantes, combaten militarmente en todo el territorio nacional; y, al mismo tiempo, denuncian cuanto tienen ya de "extraño" las costumbres sólo expliables por el fanatismo, ofrecen sus emblemas de civilización, y fomentan la normalidad insistiendo en realidades desprovistas de extremos, o en donde lo inconcebible en México deviene lo común y corriente. Ramírez, en una de sus cartas a Fidel (Guillermo Prieto) le cuenta de San Francisco, y la nueva moral y los nuevos modos de entenderse con la vida social que allí emergen:

Y sin embargo, ¡cuántos milagros sin espíritu público, y qué rareza y diversidad en las costumbres, y cuánto progreso en las instituciones! Todo lo del viejo mundo naufraga en esa costa; los delirios del amor, la esplendor y comodidad de las habitaciones, los misterios de la familia, las pretensiones aristocráticas, el proselitismo religioso, la literatura y hasta las ciencias; sólo el capitalismo se ha salvado: el hijo, la mujer, el descubrimiento, la máquina, el libro, el santuario, el dios, valen algo en cuanto tienen curso en el comercio. Por eso es que las

pedras de mina tienen un culto religioso; en todas las calles, en todos los almacenes y hasta entre los lares y penates, se encuentran peñascos de todos los colores y tamaños, y ante esos fetiches, hombres, mujeres, niños, permanecen horas enteras en un éxtasis que pudiera envidiar en sus raptos de amor divino Santa Teresa. La compañía minera, es la teología; el aviso es la literatura, el payaso es superior al cómico; la dama siempre se ve expuesta a pertenecer al público; la música es un terremoto; y la vida, cuando no es un negocio, ¡es una orgía!

En un texto famoso, Henry Adams, notable escritor y pensador del siglo XIX norteamericano, reflexiona ante una maquinaria y la considera el dios de la nueva religión. Por su lado, Ramírez desemboca años antes, en 1868, en la misma conclusión: "La compañía minera, es la teología". Ante el inminente e inevitable auge de



la industria y la tecnología, Ramírez (centrado en lo fundamental en otra concepción del mundo), ve en el panorama de una ciudad norteamericana un augurio del porvenir mexicano y se inquieta, en función de los valores que finalmente defiende:

San Francisco no reproduce la civilización moderna: ¿es científica como la Alemania? ¿es colonizadora y manufacturera como la Inglaterra? ¿es ambiciosa como la Francia? ¿es poética como la Italia? ¿es sinceramente republicana como la patria de Washington? ¿Qué misión se ha propuesto? ¿Puede siquiera un romance de amor representarse en California? ¿Qué noble sentimiento es común a todos esos corazones? La sola riqueza no le proporcionará larga vida, ni un poeta que la cante.

El radical Ramírez, el romántico Ramírez. Quien pronostica lúcidamente la nueva religión del capitalismo, se estremece de pronto ante la ausencia de romances de amor. Nuestro contemporáneo deja de serlo, y el hombre que en público se atreve a confesar su falta de confesión, en las crónicas y, sobre todo, en los poemas, se rehúsa a la modernidad, al progreso, al culto de la civilización. Ramírez escribe en el álbum de la musa infaltable, Rosario:

Ara es este Album: esparcid, cantores,
a los pies de la diosa, incienso y flores.

A los ojos del radical sólo una religiosidad se sostiene válidamente, la del amor. En el siglo XIX, y con la magnífica excepción del escéptico e iconoclasta Antonio Plaza, resulta impensable descreer del amor, sentimiento que es la consolidación del ardor ciudadano, temperamento que funda la vida hogareña. Ramírez, versificador satírico de primer orden, ridiculizador de las vehemencias cursis de la derecha y de los poderosos, ante la pasión cede y se confiesa vulnerable. Léase su célebre soneto.

Al Amor

¿Por qué, Amor, cuando expiro desarmado,
de mí te burlas? Llévate esa hermosa
doncella tan ardiente y tan graciosa
que por mi oscuro asilo ha asomado.
En tiempo más feliz, yo supe osado
extender mi palabra artificiosa
como una red, y en ella, temblorosa,
más de una de tus aves he cazado.
Hoy de mí mis rivales hacen juego,
cobardes atacándome en gavilla,
y libre yo mi presa al aire entrego;
al inerme león el asno humilla...
Vuélveme, amor, mi juventud, y luego
tú mismo a mis rivales acaudilla.

Esto lo escribe Ramírez en 1876, a los 58 años de edad, en acatamiento de la creencia intocada en su siglo: la perfecta, inalterable división entre vida privada y vida pública. Lo personal no es ni puede ser político, y el mismo Ramírez, defensor admirable de peones y parias, proclamador del derecho pleno de los indígenas, el primero en reconocer que las mujeres no están integradas a la Nación, acepta sin problemas el "concubinato" (en 1872):

La experiencia, contra las teorías escrupulosas y algunas leyes insensatas, acredita que muchos hombres necesitan una querida; y muchas mujeres, no pudiendo ser esposas, y no queriendo ser ramerías, se colocan instintivamente en una clase intermedia: tal es el género concubina.

En este panorama, el radical Ramírez vierte su pasión extremista en la alabanza de un Amor casi abstracto, que ennoblece a una vida social centrada en la familia, y que incorpora a la mujer a través de la única vía disponible: la adoración a la musa, a la madre, a la esposa fiel e ideal. Si la mención del sexo es imposible, hablese con impe-

tuosidad del amor, de la entrega extenuante, de las sensaciones límite que, de cualquier modo, son novedad liberadora en una sociedad inmensamente represiva. Gracias al culto totalizador de la vida amorosa, se resquebrajan la censura y la rigidez expresiva que eran parte esencial de la tradición feudal que los liberales, y en especial Ignacio Ramírez, critican, y destruyen parcialmente, mientras demuestran su irracionalidad tiránica.

“...Un dosel del estrellado firmamento”

Ramírez es uno de los primeros en examinar el fenómeno del colonialismo como fenómeno cultural con sus numerosas consecuencias. Un ejemplo notable: un discurso cívico que pronuncia Ramírez el 18 de septiembre de 1861, en la Alameda de México, en memoria de la proclamación de la Independencia. A la luz de una lectura contemporánea, el tono es grandilocuente y mármoleo, pero en 1861, con otra invasión por venir, apenas derrotados los conservadores, la pasión pedagógica y el espíritu exaltado de Ramírez son del clima de época:

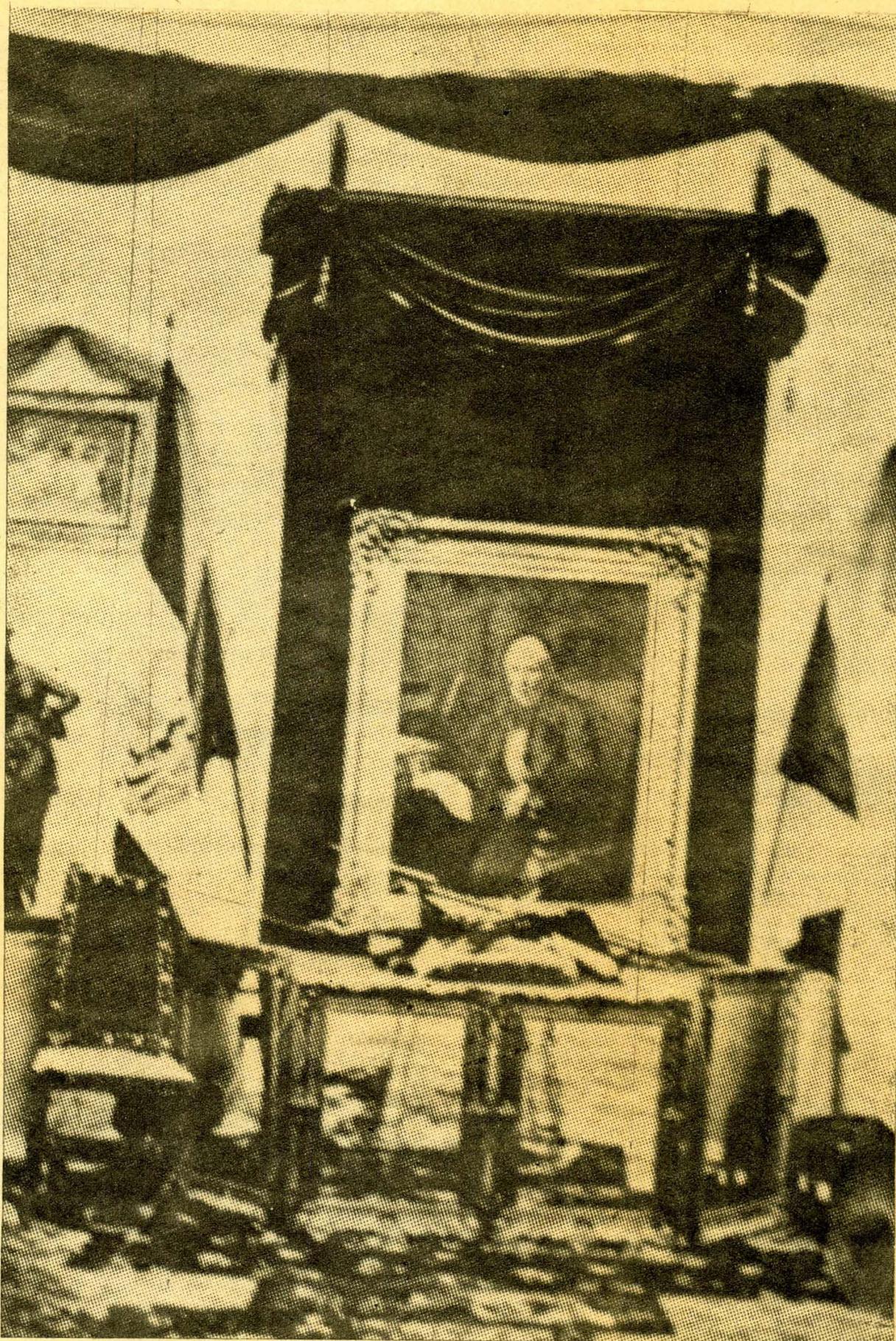
Conciudadanos:

Hacer de la fraternidad el grito de guerra para una nación oprimida, y la cuna de sus instituciones, no fue la inspiración de Moisés, que sobre todas las clases levantó al levita, ni fue el programa de Mahomet, que con la sangre de los infieles alimentaba su espada, ni ese acento de redención se escapó de los labios de Washington, que antes bien, a ejemplo del primer Bruto, retiró el manto de la República de las espadas del esclavo: sólo el grande libertador de México ha tenido valor para llamar, las primeras, bajo su glorioso estandarte a las turbas envilecidas. Hidalgo, en la aurora del 16 de septiembre de 1810, arrojó el guante, no solamente a los españoles, sino a la nobleza, al clero, a todas las autoridades, a todas las clases, a todas las razas, a todos los individuos que pudieran tener la pretensión de colocarse más arriba de la soberanía popular; nosotros, los que como título de nobleza legaremos a nuestros hijos la herencia de nuestros padres, un lugar en lo que el orgullo y la ambición llaman la vil muchedumbre, en este glorioso aniversario, recordamos las hazañas de aquel caudillo que puso bajo nuestros pies todas las coronas que no podía ceñir a su frente, todos los cetros que no podía colocar en nuestras manos, y que supo improvisarnos un trono del suelo nacional y un dosel del estrellado firmamento.

Ramírez sintetiza: el 16 de septiembre de 1810, Hidalgo trascendió límites y hábitos mentales, y erigió la soberanía popular en el centro de la vida de una nación (de hecho, de todas las naciones); en México la mayor nobleza y la máxima pretensión aristocrática, es la pertenencia a “la vil muchedumbre”; Hidalgo jamás ambicionó el poder. Acto seguido desdeña la teoría que ve en la Conquista el acto fundador de la nación mexicana:

Pero esa nación (la azteca) cayó luchando con Cortés, y tardó tres siglos para curarse de sus heridas.

Ramírez no es un iconoclasta enfebrecido; no niega la inmensa aportación de España ni (se) oculta un hecho constitutivo: él escribe, piensa, habla en español. Su posición no es la tabla rasa de los valores heredados de España, sino la crítica a los procedimientos de los conquistadores, y a la negación del pasado prehispánico. Esta posición es fundamental: si la Nación sólo empezó con la Conquista, las vidas de los millones de indígenas carecen de sentidos, no eran propiamente seres humanos, eran demostraciones naturales que aguardaban el arribo de lo único genuinamente humano: la civilización católica e hispánica. Sin ver en la indígena a la cultura que



inició la nacionalidad, no se posee la convicción suficiente para defender a los indígenas, entonces calificados por los conservadores y por muchos liberales como “el peso muerto de México”.

Ramírez defiende a los indígenas, reclama su instrucción, exige la restitución de sus derechos, y por ello acepta sus tesoros como a la primera Nación. A tal fe en el pasado prehispánico, contribuye generosamente su visión del virreinato, los siglos de codicia y de exaltación de la irracionalidad. Según Ramírez, España y el pensamiento español pierden y se deterioran durante la Colonia. A México los españoles vinieron a

exacerbar defectos y a olvidar virtudes:

También en el sistema colonial nuestra atmósfera fue funesta para los conquistadores, como antes lo había sido para los monarcas; los guerreros de Granada, de San Quintín y de Lepanto, aquí se transformaron en bandidos; los sabios que en las cátedras y en los concilios europeos resucitaban la historia, aquí incendiaron sus tesoros; sólo el clero allá quemaba a los herejes, a los judíos y a los moros, y aquí fabricaba milagros; podía el español en su patria alimentarse con algunas ambiciones generosas: podía distinguirse

como héroe o como sabio, pero al llegar a Veracruz, encontraba sobre la plaza escrito: *Lasciate ogni speranza oh voi chi entrate!* La clase dominadora, la raza privilegiada, despojándose de su inteligencia como de un arma prohibida, se entregaba a movimientos parroquiales, dirigidos por el reloj de la parroquia más cercana, el primer repique del campanario, prescribía las prolongadas oraciones de la mañana; el segundo lla-

LA CULTURA EN MÉXICO Suplemento de Siempre!

Director General: José Pagés Llergo

Coordinador: Carlos Monsiváis

Consejo de redacción: Luis Miguel Aguilar, Sergio González Rodríguez, José Joaquín Blanco, Rafael Pérez Gay, Alberto Román, Antonio Saborit, José María Pérez Gay, Enrique Mercado.

Diseño: Bernardo Recamier.

México, D.F., 19 de septiembre de 1985. No. 1231.

maba a misa, y después, de hora en hora, hasta entre los placeres del lecho, continuaban los ejercicios piadosos; y la siesta y las repetidas comidas, y el juego, no dejaban a las ocupaciones del hombre laborioso sino cuatro horas al día.

Hoy, cuando hay incluso intelectuales notables obstinados en hacer del virreinato una "Edad de Oro" (sin indígenas ni parias urbanos, sólo el fluir de claustros y la armonía social), sorprende la mirada implacable de Ramírez en 1861, y su análisis veloz y tajante de las consecuencias de la colonización sobre colonizados, sujetos a la explotación, a la degradación anímica y al asesinato masivo... y colonizadores, que para serlo debidamente, renuncian a cualquier inteligencia, y adoptan servilmente los rituales de la creencia, la comida y la representación ociosa de la autoridad. A Ramírez eso le preocupó: el sometimiento a tal punto perfeccionado de una sociedad (el virreinato de la Nueva España), que elimina los usos de la inteligencia, y convierte, por necesidades de dominio, en dominante al modelo de la vida religiosa: "Por eso es que, en hombres y mujeres, el modelo de vida era el convento; el fraile y la monja se reproducían en el mundo con sus trajes, sus vicios, sus costumbres y sus preocupaciones".

Una nación suspendida en el tiempo, aislada del ritmo de la vida universal, rehusada al mínimo conocimiento. En la ilusión hispánica de un "castillo de la pureza", de un territorio cerrado al mal, a la rebeldía, a la ciencia, al cuestionamiento del dogma (y que, para funcionar debidamente, se entrega al modelo eclesiástico de sujeción y santificación de la ignorancia), Ramírez ve el ejemplo clásico de la destrucción de la vida y del pensamiento:

¿Cómo es que dónde antes se rezaba, ahora se piensa? ¿Cómo es que el espectro de la conquista, que guardaba nuestros puertos, ha permitido la entrada a las banderas de todas las naciones y saluda respetuoso la nuestra? ¿Cómo es que la ciencia, el comercio, la industria y la libertad y la reforma como el oro inagotable de una Nueva California, se encuentran regadas por el suelo a merced de todas las razas desheredadas? ¿Cuándo, cómo se verificó ese prodigio?

De manera implícita, Ramírez describe con precisión la esencia del nacionalismo de los liberales "puros", culturalmente hablando. Se tiene ya la Nación, territorio, idiomas, diversidad de costumbres, necesidad de unificar los héroes, legislación que permita ciudadanos distintos, mejores. Pero a esa Nación le urge vincularse con el mundo, aceptar lo mejor de todo lo que afuera se produce, existir en relación con lo otro. Si en otra parte del discurso, Ramírez se sumerge en la ala-



banza de los héroes (y de la heroína Josefa Ortiz de Domínguez, lo que conlleva el recuerdo indignado de la "barragana de Cortés"), pronto vuelve al punto de partida, entre recuerdos o comparaciones con los principios de la Humanidad, y poesía "instantánea". México como un sol, o como el género humano, aparece "entre una tempestad de rayos, que no se apaga todavía".

La Nación empieza con los indígenas, pero al mexicano de 1861 viene del pueblo de Dolores; desciende de Hidalgo, y nace "luchando como nuestro padre, por los símbolos de la emancipación, y como él, luchando por la santa causa, desapareceremos de sobre la tierra". Una idea tan militante de la nacionalidad se explica por el desarrollo cruento del país en esos años, pero, en el caso del teórico Ramírez, también se explica por la necesidad de hacer de la conciencia libertaria el punto de arranque de la identidad nacional. Somos seres independientes, y esa independencia no es únicamente un desprendimiento jurídico, o un desistir de la condición de súbditos de la corona de España. La independencia en todo el bagaje mental y moral de que se dispone, es la posibilidad de incursionar en ciencias y artes, es la facilidad de eliminar las murallas de lo prohibido y de lo impensable. Por ser independientes, el mexicano que vislumbra el Nigromante, tiene acceso natural a la inteligencia, a la sabiduría, a la técnica. De él depende si hace uso de lo que son ya, de golpe, sus facultades súbitas. Pero si no se ejerce la herencia —si no se piensa, si no se trabaja— se volverá a lo de antes, a la merca que repite los pasos en el claustro, los ahorramientos de la conciencia. Por eso, Ramírez eleva la voz:

Nosotros hemos creído, que para entronizar perpetuamente la revolución de Hidalgo, era necesario que los ciudadanos recibiesen de ella ferrocarriles, puertos, monumentos públicos, instituciones civiles, colegios, literatura, gloria militar y aun nuevas imágenes para sus templos, porque desde el momento en que nace una nación, el horizonte se inunda con los destellos de su numen tutelar. No, no es de todos la culpa, si en los cincuenta años transcurridos, la bandera francesa se alejó de nuestras playas llevándose humillantes concesiones; si bajo la planta norteamericana se ha perdido la mitad del territorio; si nos hemos postrado ante el en-

viado del reyezuelo que hoy vacila en Roma, comprándole con oro sus bendiciones; si viven los que han hecho un tráfico de los golpes de Estado; si la Reforma está mutilada y si el progreso ha retrocedido un paso; no, el pueblo no ha dudado ni retrocede, y por eso yo, hijo del pueblo, me lleno de orgullo al ocupar este elevado puesto, sólo para continuar el toque de arrebató que en la mañana del 16 de septiembre comenzó en Dolores...

Hoy, muchos de estos pronunciamientos serían retórica "municipal y espesa". Dichos por un combatiente, son un resumen pesadoso y, sin embargo, exento de pesimismo. Se ha perdido mucho, afirma entre líneas, pero no nos han borrado, y la nueva religión nacional, la ciencia es un acontecimiento jubiloso y no como antes "el primero de los pecados... y el genio de las celdas, a la hora de maitines, despierta sorprendido, y preside, contra su voluntad, los misterios del amor y los misterios de la ciencia". Es decir, pese a las derrotas y tragedias seguimos, afirma Ramírez, comprometidos con la acción del pensamiento, y mientras esto ocurra, nada nos devolverá a nuestra situación colonial.

La comparación bíblica es insalvable. Ramírez le asegura al mutilado de la Independencia (al "soldado desconocido" de entonces), a la modesta esposa del proletario, al combatiente: "tú quisieras saber cuándo pasarás el Mar Rojo, y si la tierra prometida es una de las ilusiones del desierto". Y en la evocación de la hazaña de Moisés y los suyos, no interviene nada más la primera formación del Nigromante, sino la sana acción de cada uno de los nacionalismos del siglo XIX: el mío es el Pueblo Elegido, no en este caso para regir sobre los demás, y devastar los alrededores, sino para llevar a feliz término lo que está en su destino: la libertad, la independencia mental, la repartición del conocimiento:

Las naciones perecían cuando el pensamiento social era el misterio del sacerdote, el secreto del monarca, el monopolio de la nobleza; pero ahora la verdad, la justicia, la palabra de salvación, descienden de preferencia a los talleres y a las chozas; y si la civilización nos traicionara, no vacilaríamos en sacrificarla...

Detrás del himno al anciano de Dolores, la exigencia de la democratización del pensamiento social.

nexos 93

sociedad - ciencia - literatura septiembre de 1985 150 PESOS

▷ El colapso de Julio

Carlos Tello, Rolando Cordera, Francisco Báez, José Blanco, Carlos Roces, Jaime Ros, Nora Lustig, José Casar

Foro de Nexos
Salud y Crisis

▷ Agnes Hellér:
Entrevista

▷ Víctor Flores Olea:
Desafíos de la política exterior